

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

---

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

---

Documento

**01**

**Dólar y democracia**

*Ricardo Aronkind, Julia Smola y Gabriel Vommaro*

# Documentos de coyuntura del Área de Política

## Presentación de la Serie

La serie “**Documentos de coyuntura del Área de Política**” que iniciamos con este texto se propone brindar herramientas de análisis de la realidad política, económica y social argentina. Realizados por los investigadores y docentes del Área de Política y de la Licenciatura en Estudios Políticos del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, los documentos se apoyan en sus trabajos de investigación en el campo de los estudios políticos, la economía política y las ciencias sociales en general, a la vez que reflejan discusiones y preocupaciones colectivas que exceden esas investigaciones. En este sentido, ponen en juego las herramientas forjadas en la actividad de investigación para pensar problemas históricos que conmueven los debates públicos de la hora. Con estos documentos, el Área de Política quiere contribuir a la fundamental tarea de las Universidades Públicas de poner al servicio de la deliberación colectiva los conocimientos producidos en su labor cotidiana. En ese movimiento, aporta un elemento fundamental de las prácticas universitarias habituales: no respuestas, sino herramientas para formular mejor algunas preguntas; no reacciones a la agenda inmediata del minuto a minuto, sino reflexiones sobre aquello de lo que se habla pero no se problematiza, que no se hace explícito aunque todo el tiempo sea nombrado. Los textos quieren colocar así los debates de nuestro tiempo en el trasfondo del tiempo histórico, de los procesos estructurales, de las inflexiones conceptuales. Y a partir de perspectivas y metodologías diferentes sobre lo político y sobre la política esperan dar cuenta de la complejidad de sus objetos, de sus múltiples determinaciones, niveles de existencia y temporalidades. La circulación y el intercambio, desde luego, harán el resto.

**Gabriel Vommaro**

Coordinador de la Licenciatura en Estudios Políticos

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

---

Documento  
**01** | **Dólar y democracia**

---

1. Historia de una economía desequilibrada ..... 4
2. La hiperinflación y sus huellas en la política argentina .... 6
3. La convertibilidad y la apoteosis neoliberal del dólar..... 7
4. El dólar y el lazo social ..... 8
5. Blues del blue..... 9

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

01

## Dólar y democracia

*Ricardo Aronskind, Julia Smola y Gabriel Vommaro*

### 1. Historia de una economía desequilibrada

Uno de los conflictos permanentes del país es su vínculo con el mercado mundial, el modo en que intercambia bienes, servicios y capitales con el resto del mundo. Hasta que empezó la etapa de la industrialización sustitutiva, Argentina arrastró problemas de endeudamiento e intercambio comercial especializado con Gran Bretaña.

Ahí se encuentra uno de los orígenes estructurales del problema del dólar: la industrialización argentina fue orientada hacia el mercado interno, con lo cual creció una industria que siempre fue deficitaria en materia de dólares. Siempre gastó muchos más dólares de los que logró traer vía exportaciones. La actividad industrial, llamada a “modernizar” el país, reforzó paradójicamente la dependencia de nuestra economía del sector agropecuario, que era el que conseguía divisas, y constituía el bastión del país conservador. Como la industria crecía rápido, mientras el agro avanzaba muy lentamente, cada tanto se producía un estrangulamiento de la balanza comercial.

Y ahí se inició la historia del *stop and go*, o sea la necesidad de “frenar” a la economía argentina cada pocos años, porque se quedaba sin dólares para afrontar sus gastos externos. Esto ocurrió en los años ‘50, ‘60 y ‘70, cuando todavía no había una deuda externa significativa, ni tampoco importaciones masivas de bienes de consumo. En ese entonces, el dólar no estaba disponible para que lo comprara cualquiera. Como todavía hoy sucede en Brasil, por ejemplo, la moneda estadounidense sólo era suministrada por el Estado bajo condiciones estrictas para el comercio exterior y el turismo.

El otro defecto de la industrialización que también ayudó a entronizar al dólar fue el crédito a la industria. La economía, a medida que se industrializó, mostró una tendencia a niveles crecientes de inflación. Esto por razones tanto políticas —entre las que se encuentra la llamada puja distributiva, relacionada con el cortoplacismo de la burguesía nacional y extranjera y con la existencia de una clase obrera organizada con capacidad de presión sobre la distribución del excedente social— como económicas. El sistema bancario argentino, en el período de la industrialización sustitutiva, funcionó con tasas de interés bajas, inducidas por el Estado. Eso hacía que los créditos que recibía la industria se fueran “pagando solos”, dado que se diluían con la inflación. Para la industria esto constituía una forma de subsidio, pero tenía un serio inconveniente: como contrapartida de las bajas tasas de interés para la industria, se ofrecían tasas aún más bajas a los ahorristas. De ahí que se fue creando una tradición en vastos sectores con capacidad de ahorro de no ahorrar en pesos, sino de buscar otros activos alternativos para preservar el valor de los ahorros: por ejemplo, terrenitos, casas, campo y —claro— dólares.

Entonces, una primera conclusión es que el dólar empieza a tener un valor “especial” dadas las dificultades argentinas para desarrollarse sin crisis externas ligadas a su estructura productiva. Estas crisis derivaban en

devaluaciones más o menos importantes, que disimulaban transitoriamente los problemas estructurales, sin modificarlos. Las devaluaciones generaban grandes beneficios para quienes habían atesorado dólares, que veían incrementados sus patrimonios sin realizar actividad productiva alguna.

Fue durante la dictadura iniciada en 1976 (entre cuyas principales misiones estaba terminar con la Argentina de la industria dirigida al mercado interno mediante el expediente de abrirse a la importación de forma indiscriminada y abrupta) que el atesoramiento de dólares tuvo su primer gran envión. Durante la gestión de José A. Martínez de Hoz, el nuevo *homo economicus* que quería forjar el ala económica del gobierno devino un actor dolarizado; el dólar dio un salto cualitativo en su rol en la economía doméstica, por dos razones.

- Se mantuvo una tasa de inflación elevadísima, que se prolongó hasta comienzos de los años noventa (o sea, quince años de inflaciones anuales superiores a tres dígitos).
- Desde el Ministerio de Economía, se impulsó la venta de dólares baratos a quien quisiera comprarlos, en la cantidad que pidiera, estimulando y convalidando la costumbre de atesorar dólares.

El gobierno del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional “instituye” así un nuevo “derecho” y una nueva práctica –arraigada en diferentes estratos sociales– y respaldada por el Estado: comprar dólares con “libertad”, y que el Estado los proporcione en la cantidad requerida por “el mercado”. El ciudadano individual ejerce su “libertad” de comprar dólares, para lo cual el Estado debe conseguirlos aún cuando el sector privado no los obtenga en cantidades suficientes mediante el comercio exterior. Si en una coyuntura de dólar barato y superabundante este “derecho” puede ser garantizado, el legado social, económico y político dejado a las generaciones futuras es, sin duda, disgregador del lazo social que une a los ciudadanos al Estado: **al exigir la disponibilidad de dólares, los ciudadanos obligan al Estado a debilitarse**. Esto es claro en el hecho de que, para poder garantizar dólares en los años de la dictadura, el Estado y las empresas públicas tomaron deuda externa, generosamente disponible en el incipiente mercado mundial de capitales.

La “demanda” de dólares estaba conformada por dos tipos de público:

- a. los ahorristas, pequeños, medianos y grandes, que encontraban en el dólar un activo líquido y de amplia aceptación tanto dentro como fuera del país, y que les permitía resolver dos problemas prácticos sin tener que mantener relaciones duraderas con las entidades bancarias: primero, separar dinero para el ahorro (recientemente la socióloga Mariana Luzzi analizó la conversión en dólares de una parte del ingreso ganado como una práctica de separación nítida del dinero destinado al ahorro de aquel necesario para el consumo), fundamental en los hábitos monetarios de los sectores medios y medios-altos no necesariamente familiarizados con el mundo de las finanzas; segundo, mantener el valor de sus ahorros en una moneda que aparecía como más confiable que la nacional, sometida a frecuentes devaluaciones.
- b. los grandes grupos económicos locales y extranjeros, que encontraron en el dólar una vía perfecta y permanente para sacar capitales de la economía nacional. A través del dólar, en efecto, el Estado les facilitaba el mecanismo financiero perfecto para llevarse al exterior recursos obtenidos en el país, y todo, en general, sin pedir mayores explicaciones.

La dictadura agrega al problema del dólar una tensión adicional: la deuda externa. Esta pasó de unos 8.000 millones de dólares a mediados de los años '70 a cerca de 46.000 millones de dólares en 1983. Desde entonces, además de pagar las importaciones, el país tenía que conseguir dólares para pagar los intereses de esta deuda externa.

En el gobierno de Raúl Alfonsín, se agudizaron las carencias de dólares debido al bajísimo precio de los bienes que Argentina exportaba. Por esa razón, el Banco Central llegó a 1989 con muy bajas reservas de dólares, lo que posibilitó una exitosa corrida cambiaria por parte de sectores concentrados de la economía. La corrida cambiaria detonó la primera hiperinflación.

## 2. La hiperinflación y sus huellas en la política argentina

La hiperinflación fue mucho más que una crisis económica. También fue un hecho cultural, social y político muy traumático que no sólo significó una enorme transferencia de recursos desde los sectores medios a las clases altas sino que, en términos políticos, despojó a los ciudadanos de herramientas para la comprensión y la acción política, y de una herramienta en particular: la palabra y el discurso. En efecto, la hiperinflación fue una crisis de sentido ya que el discurso político se mostró incapaz de explicar aquello que estaba sucediendo y fue sustituido en esta tarea por el discurso de los expertos en economía –en ascenso desde los años de la dictadura– y de ciertos comunicadores sociales que, en un lenguaje técnico y alejado de las significaciones sociales compartidas, plantearon “soluciones racionales” al problema de la crisis: ajuste, devaluación, convertibilidad, dolarización total. Como ya sabemos muy bien, de la mano de este lenguaje técnico de especialistas, el discurso neoliberal encontró su legitimidad e impuso su hegemonía durante los años ‘90.

La crisis de la hiperinflación se desató públicamente cuando el 6 de febrero de 1989 el Banco Central de la República Argentina reconoció su incapacidad para seguir sosteniendo el tipo cambiario del dólar y produjo una modificación que incluyó un segmento cambiario “libre”. La decisión del Banco Central se produjo luego de varias semanas de corridas que agotaron sus reservas. Diversas entidades financieras encabezaron esta corrida que era, principalmente, de carácter especulativo, ya que advirtieron que en breve el Estado se quedaría sin reservas suficientes como para mantener el tipo cambiario. Esto se debía, principalmente, por un lado, a que el ingreso de divisas al país había menguado considerablemente, ya que se trataba de un año de baja de los precios internacionales en la mayoría de los productos que Argentina exportaba y, por otro lado, a la dificultad del Estado para renovar sus créditos con los organismos financieros internacionales. Los actores que protagonizaron esta corrida, a quienes se le sumaron rápidamente cámaras sectoriales y empresas alertadas del “negocio”, estaban muy bien informados sobre las dificultades que el gobierno enfrentaba para mantener el precio de su moneda. La hiperinflación se desató como subproducto de la suba del dólar, porque la moneda argentina se encontraba tan devaluada que no podía ser referencia de los precios internos. El dólar pasó a ser la referencia para todas las transacciones y es por eso que los precios en pesos se dispararon de manera sideral.

La dificultad del discurso político del gobierno de Alfonsín para poner en palabras la crisis económica no sólo le quitó posible apoyo a sus medidas, sino que falló en su tarea de identificar a los responsables de tal desequilibrio. Asimismo, el radicalismo no pudo nombrar la disputa que en ese momento se estaba saldando para el futuro: el fin de un modelo económico y político que había comenzado con la transición democrática. Así, la ciudadanía quedó en un estado de perplejidad y desconocimiento. La incapacidad de la política para dar sentido en medio de esta crisis, también dejaba a los actores sociales con acciones que políticamente eran sin sentido, es decir, con acciones atomizadas, sin orientación colectiva, sin responsabilidad y sin rumbo. Por otro lado, como una profecía autocumplida, esta crisis de la palabra política “demostraba” el argumento de aquellos que habían atacado el carácter discursivo de la política: había que hacer más y hablar menos. La palabra política –y la política como tal, podemos decir– se declaraba incapaz de significar, de ordenar el mundo social, de nombrar el conflicto y el enemigo.

Así es que la disputa del sentido de la democracia también se planteó en términos de “política” contra “economía”, abonando el terreno de la crítica que solía esgrimirse contra la administración radical: retórica contra realidad económica. En lugar de plantearse como un proyecto alternativo, el discurso económico planteaba la disputa entre una fuerza política que ignoraba las “leyes de la economía” y se enfrentaba a una realidad compleja, por medio de un discurso que no podía contra ella. La construcción de un discurso único se erigía, entonces, sobre la ruina política, no de un partido sino del discurso político como instrumento para explicar y cambiar el mundo social.

Una relectura de la crisis de la hiperinflación de 1989 no sólo tiene mucho que enseñarnos en términos de política económica sino que, pensada en términos de la crisis del discurso político –y del reemplazo del espacio público por las estrategias privadas–, contiene una importante lección en términos de cultura política y nos muestra la necesidad imperiosa de poner palabras a las medidas económicas de la democracia. Es decir, al mismo tiempo que actuar sobre la economía, para mantener la influencia política del Estado sobre

el mercado, hay que hablar y argumentar sobre estas acciones para dotarlas de sentido y permitir que sea la ciudadanía quien efectivamente participe de las decisiones sobre el porvenir de la democracia.

### 3. La convertibilidad y la apoteosis neoliberal del dólar

Durante las hiperinflaciones (pues debe recordarse que hubo un nuevo brote al comienzo del gobierno de Carlos Menem), la única reserva de valor que parecía ofrecer alguna seguridad económica era el dólar. Frente a un país que se disolvía y que disolvía sus signos de confianza, como la moneda nacional, el dólar aparecía como una tabla de salvación individual de óptima calidad: un “pasaporte universal” que permitía la llegada de unos pocos al “primer mundo”.

La convertibilidad fue, en ese sentido, la convalidación institucional de un cuadro de situación económica y social preexistente que no tendió a remediar los problemas estructurales subyacentes, sino a realimentar la manifestación superficial del fenómeno. Nuevamente a costa de mayor endeudamiento, el Estado garantizó la libre conversión de la moneda nacional en divisa, y reforzó la existencia de ese “derecho” al dólar reclamado por los dos grandes públicos de la moneda. Paradoja sólo aparente fue la que se produjo con el Plan Cavallo: al buscar fortalecer el peso, el gobierno de Menem hizo de él un simple medio para llegar al dólar.

Años después, la explosión de la convertibilidad, un hecho “inexplicable” para las capas medias, confirmaría, que lo único creíble en la Argentina continuaba siendo... el dólar.

La moneda norteamericana ya no era solamente una forma resolver problemas prácticos ligados al ahorro y a la preservación del valor de los ingresos, sino que se convertía en una expresión de la desconfianza estructural de una parte de la sociedad. En efecto, a través de su fuga hacia el dólar, la parte más rica de Argentina mostraba su desconfianza hacia el país (“Argentina estalla cada diez años”), las instituciones (“son todos corruptos, nada funciona, esto no tiene arreglo”), los políticos (“ladrones, ineptos”), al mismo tiempo que se posicionaba como víctima impoluta.

El inicio del ciclo kirchnerista gozó de una situación inicial inédita: un tipo de cambio muy alto, un mercado interno muy contraído, y unos precios internacionales muy buenos para las exportaciones de origen agrario. Eso permitió desendeudar al país y juntar reservas para hacer menos vulnerable al Estado y al gobierno democrático frente a los “mercados”. El golpe de mercado de 1989 parece haber dejado huellas tanto en los reflejos especulativos y desestabilizadores de sectores económicos internos, como en algunos sectores políticos que aprendieron la lección y buscaron salvaguardas frente al comportamiento predatorio de los sectores que hacían su agosto en las recurrentes crisis.

La abundancia de dólares permitió, en la década de 2000, satisfacer una demanda compuesta por tres lógicas muy diferentes:

- pagar importaciones siempre crecientes (por la reactivación del mercado interno)
- pagar servicios de deuda externa y cancelar la deuda con el FMI
- vender todos los dólares que quisieran “los mercados” (los públicos del dólar a los que ya hicimos referencia, con sus desiguales capacidades de presión y de maniobra) sin que al gobierno, como por así decirlo, se le moviera un pelo.

Desde 2008, año del estallido de la crisis internacional, la fuga de dólares del país se aceleró, en consonancia con el estallido de la crisis financiera internacional. De esta fuga participaron empresas multinacionales (a las que sus casas matrices solicitaban la remisión urgente de dinero fresco); los grandes grupos económicos (que avizoraban un panorama de crisis y entonces la oportunidad de ampliar sus recursos y su porción de poder fugando dólares y presionando por una devaluación para volver a traerlos); e incluso sectores de las clases medias-altas, convencidos de que la crisis estaba a la vuelta de la esquina y que convenía depositar los dólares en cualquier plaza que no fuera Argentina.



Se estima que se han fugado 80.000 millones de dólares desde aquel entonces, que el gobierno fue suministrando a costa de las reservas del Banco Central. Esto, sumado a problemas de larga data –como el pago de los vencimientos de la deuda– y otros problemas no resueltos por los tres gobiernos del actual ciclo político –como el déficit energético del país– hicieron que a mediados de 2011 se encendieran luces amarillas: la balanza comercial tenía cada vez un saldo más pequeño y la fuga de capitales no se detenía, tanto porque las empresas fugaban, como porque una gran parte de las clases media, media-alta y alta, que habían mejorado considerablemente sus ingresos durante la década, estaban “dolarizando” sus ahorros.

La industria argentina actual sigue siendo una muy fuerte consumidora de divisas, ya que arrastra limitaciones de competitividad que fueron disimuladas por la devaluación de 2002, pero que han carecido de una estrategia para lograr una mejor inserción comercial externa.

En este contexto, y con la perspectiva de una crisis externa –con su secuencia de desestabilización política–, el gobierno decidió empezar a poner frenos al drenaje de dólares. En este sentido, tomó dos decisiones:

- a. Dejar de venderle dólares a la demanda para “atesoramiento/fuga”, lo que generó un verdadero “síndrome de abstinencia”, potenciado por las expectativas de una devaluación. Estas expectativas, hay que decirlo, son una combinación de memoria histórica mal elaborada y acción propagandística de los grandes medios y lobbies sectoriales.
- b. Controlar las importaciones –incluidos los gastos en los viajes al exterior– para priorizar el uso de divisas para fines productivos.

El gobierno introdujo esas restricciones para seguir teniendo los dólares suficientes para comprar las importaciones compatibles con un alto nivel de actividad interna, para sostener la creciente demanda de energía y para afrontar el pago de la deuda externa.

La lucha política en la Argentina actual abarca todos los campos. Despojar al actual gobierno de buena parte de las reservas –que actúan como un escudo anti-especulativo– es un sueño acariciado por los enemigos del gobierno democrático y de un Estado con capacidad de regulación económica y social. Un nuevo “1989” combinado con un nuevo “2001” –una crisis hiperinflacionaria lo suficientemente aguda como para terminar con el actual ciclo político-económico– puede ser pensado como una alternativa para sectores sociales con escasa presencia electoral. Al mismo tiempo, la dificultad gubernamental de proponer alternativas de ahorro –que logren equiparar la simplicidad y la escasa mediación del atesoramiento del dólar– para los sectores medios y medios-altos coloca a estos grupos, ora del lado de la ilegalidad –nuevos públicos de mercados paralelos–, ora del lado de la desprotección.

## 4. El dólar y el lazo social

En este contexto, y sin olvidar la importancia de los intentos de manipulación de la opinión pública por parte de grandes conglomerados multimediáticos que responden a intereses corporativos y sectoriales, la tensión generada en relación a las medidas tomadas por el gobierno para administrar la situación cambiaria puede ser pensada en relación a dos factores.

Por una parte, a las dificultades para explicar públicamente las razones de las medidas y, de ese modo, realizar una cierta pedagogía monetaria que vaya en el sentido de recobrar la dimensión colectiva –social– del vínculo monetario. Asimismo, democratizar la palabra pública en torno a los problemas económicos, es decir hacer intervenir en esos debates lógicas ciudadanas –políticas– que se contrapongan al economicismo de los discursos expertos dominantes, que después de todo, en gran parte, tienden a reforzar la imagen de un *homo economicus* dolarizado, y a producir sus diagnósticos y recetas. La primera medida de restricción de acceso a divisas parecía ir en ambos sentidos: al ligar el “derecho” a comprar dólares al pago de impuestos, parecía asociar políticamente, desde una medida de política pública, el derecho al acceso a los bienes producidos por la sociedad con el cumplimiento de los deberes de sostenimiento de esa sociedad, es decir con el pago de impuestos. El hecho de que fuera la agencia estatal encargada de cobrar impuestos la que



autorizara la compra de divisas producía, en la práctica, una pedagogía fiscal de importante potencial político. Aunque esta medida no fue acompañada de una argumentación pública convincente, en la simple presentación mediática de casos de evasores y deudores fiscales que compraban importantes cantidades de dólares se daba muestra de esta incongruencia destructiva de la vida social. Sin embargo, el endurecimiento de las restricciones de acceso a las monedas extranjeras producido en los meses subsiguientes, ya en 2012, fue acompañado de un oscurecimiento de las reglas por las que se autorizaba a algunos y no a otros a comprar dólares. Menos acceso al dólar sumado a mayor opacidad, alimentaron un descontento no politizable porque tampoco aparecían como políticas las medidas tomadas, desprovistas de una argumentación que las acompañara y de criterios universales y públicos de aplicación. La presencia de demandas en torno al dólar en los cacerolazos de fines de 2012 y comienzos de 2013 puede relacionarse con esta cuestión, y ser pensada entonces sin excesivos prejuicios ideológicos.

Por otro lado, los problemas prácticos ligados al ahorro y la protección de la inflación que resolvía el dólar hasta entonces, y que no tienen que ver sólo con la racionalidad económica, como ha señalado Mariana Luzzi en el trabajo ya citado, sino también con una cierta relación con el dinero, con el mundo financiero, etc., parecieron potenciarse con la imposibilidad –o al menos la cuasi imposibilidad, potenciada por la incertidumbre y la falta de reglas claras– de acceder a la divisa por vías legales. Las escasas alternativas ofrecidas para el ahorro a los sectores medios y medios-altos poco familiarizados con el mundo de la bolsa y los activos financieros, y con altos niveles de desconfianza con los bancos, los colocaron en una encerrona práctica que comenzó a abordarse con la aparición de algunos instrumentos generados por el Estado en relación a la compañía petrolera YPF, pero que aún está lejos de resolverse.

La combinación entre la desindividualización del dólar (al volverlo un bien de apropiación social, y al ligar su acceso al cumplimiento de los deberes ciudadanos con el Estado: el pago de impuestos), nuevas alternativas de ahorro dentro de marcos legales que potencien la vida productiva del país, y una activa política de intervención en el espacio público podrían formar parte de una verdadera transformación política, económica y social en torno al lugar del dólar en la sociedad argentina, y a su relación con un Estado democrático de derecho.

A lo largo de las décadas recientes, y especialmente como resultado de los experimentos neoliberales, se ha cristalizado la idea de que finalmente el dólar es lo único que garantiza algo de seguridad individual. En la medida en que el lazo social está debilitado, o que persiste la desconfianza respecto del Estado nacional, el dólar aparece como un resguardo y una garantía económica individual (a pesar de que sea colectiva por su masividad). El valor práctico del dólar se ha independizado parcialmente de las circunstancias históricas concretas, al tiempo que encaja perfectamente con el sentimiento de falta de pertenencia individual a un colectivo que dé respuestas a las incertezas económicas personales. Si la escasez reciente de divisas es abordada no sólo como un problema económico, sino también como una oportunidad política, el espacio abierto por el conflicto en torno al dólar puede redundar en un beneficio para el desarrollo del país y para la relación entre sociedad y Estado.

## 5. Blues del blue

Por último, y para concluir nuestra reflexión sobre las relaciones económicas, políticas, y sociales que fueron entramándose en nuestro país entre dólar y democracia, vale la pena reflexionar sobre la cantidad de circunstancias históricas que se han acumulado en torno a esta divisa, y todo lo que concentra de las dificultades de nuestra economía y de nuestra sociedad.

El Estado nacional ha tenido reiterados fracasos en poder construir una moneda nacional confiable, en la que se pueda mantener valor sin temor a fuertes descapitalizaciones. La moneda local ha sido rechazada en más de una oportunidad por la sociedad, socavándose por lo tanto al propio Estado, que es su emisor y garante. Pero ¿puede vivir una sociedad sin Estado, al margen del Estado o contra el Estado?

Esa es precisamente la utopía liberal-individualista que ha permeado estamentos medios y altos: la posibilidad de vivir “por afuera” del Estado, obteniendo los recursos necesarios para no depender de él en materia de salud, educación, previsión social, seguridad, y... moneda.

En ese mundo conceptual, la noción de libertad está muy ligada a la de propiedad privada. Así, en las recientes protestas urbanas de sectores medios y medios-altos la demanda dirigida a poder comprar dólares libremente se contraponía con un clima de “opresión” y de “falta de libertades”. También se ha podido observar cómo, en algunos casos, el dólar representa una relación imaginaria con los Estados Unidos, vistos como baluartes de la libertad, en tanto garantes del valor del dólar, del libre mercado, y de la propiedad privada.

Diversos gobiernos democráticos han cometido el error de hablarle a los mercados cuando la palabra política sólo tiene sentido para la ciudadanía. Es un error de “economicismo”: lo que se está discutiendo es política, decisiones que afectan a unos u otros. Probablemente la salida de las actuales tribulaciones consista en una combinación de un conjunto de medidas económicas—de efecto en el mediano plazo—y un discurso público sobre la economía que ayude a democratizar la comprensión y el sentido de los problemas de nuestro tiempo. Poner en discusión una visión de la relación con el dólar que corresponde a una lógica individualista del lazo social implica, en cierto modo, construir otra que responda a una lógica política colectiva. Puesto que la pregunta esencial es: ¿quién elige con el dólar libre?

Los discursos expertos sostienen que toda restricción afecta negativamente a “la economía”, y consiste en vulnerar la democracia puesto que afecta a los “derechos” de los ciudadanos. Así, “la política” aparece como causante última de cualquier crisis económica. La única actitud pública viable, según estos expertos, sería recuperar la “confianza de los mercados”. Y en función de esa recuperación presentan un programa político cuyo núcleo es la redistribución regresiva del ingreso, sin resolver ninguna cuestión estructural. De esta forma, la política a favor de las elites es disfrazada de pura economía.

La política al servicio de las mayorías, en cambio, no tiene nada que ocultar. Debe ser explicada, no sólo ni principalmente a los expertos y a los mercados, sino también a los sujetos de esas políticas. Porque construir lazos sociales y ejercer una ciudadanía democrática es parte sustancial del remedio a los males del dólar.

### **Bibliografía para ampliar**

Aronskind, Ricardo (2008) *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino*, Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional, Colección “25 años, 25 libros”.

\_\_\_\_ (2007) *El riesgo país. La jerga financiera como mecanismo de poder*, Buenos Aires, Colección Claves para Todos.

Forcinito, Karina y Gaspar Tolón Estarellas (2008) *La economía argentina entre 1983 y 2008: reestructuración neoliberal y después*, Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional, Colección “25 años, 25 libros”.

Luzzi, Mariana (2013) “La moneda en cuestión: del estallido de la convertibilidad a las discusiones sobre el “cepo cambiario”, en prensa.